

Mi Amigo el pintor

Autora: Lygia Bojungá Nunes

Viernes

Yo no sé si nací de esa manera o me fui quedando así a causa de mi amigo pintor, pero cuando miro una cosa enseguida me fijo en el color.

La gente, una casa, un libro, da lo mismo: primero me quedo mirando el color de los ojos, de la puerta, de la tapa; sólo después me pongo a ver lo demás que tiene.

Un día un amigo mío me dijo que yo era un chaval con alma de artista, y me dio una carpeta con unos trabajos que había hecho en acuarela, óleo y pastel. Dijo que había ordenado los trabajos en la carpeta para que yo entendiese mejor ese asunto del color. En las primeras páginas sólo había color. Mejor dicho, al principio no había siquiera color: era en blanco y negro, nada más; después venían los colores: amarillo, azul, rojo, y después esos tres colores se iban mezclando para formar una parte, en unos dibujos que a veces me gustaban y otras veces no.

Mi amigo me dijo que cuanto más atención prestaba la gente a un color, más cosas salían de él. Me quedé mirándole a la cara sin entender. No entendí esa historia de que *saliesen muchas cosas de dentro de un color*.

Pero hoy hubo un momento en que yo no estaba como para mirar la cara de nadie. Entonces abrí la carpeta que me había dado. Sólo para quedarme mirando cada color y nada más. Miré, miré, vuelta a mirar. ¡Y de repente entendí de pe a pa lo que me había dicho! Me dieron unas ganas locas de ir y decirle:

«¡Ya sé lo que me dijiste aquel día! El negro lo estoy entendiendo a tope; te juro que ya lo veo claro y puedo entender lo que sale del amarillo.»

Pero no pude hablar con mi amigo el pintor: se murió. Hoy hace tres días que murió.

Mi amigo vive, quiero decir vivía, en el apartamento de aquí arriba. Yo iba a jugar al chaquete con él, conversábamos, y él tenía un reloj de pared que daba la hora y también la media hora. Mi padre y mi madre protestaban: «¡Oh, qué fastidio esas campanadas!» Y mi hermana me preguntaba: «¿Nunca se olvidará tu amigo de darle cuerda al reloj?»

Pero cada uno es como es, ¿no? Y a mí me gustaba cantidad oír el reloj dando la hora. De noche todavía más.

No era sólo porque sonaba bonito.

No era sólo porque a mí me parece fenomenal vivir oyendo qué hora es.

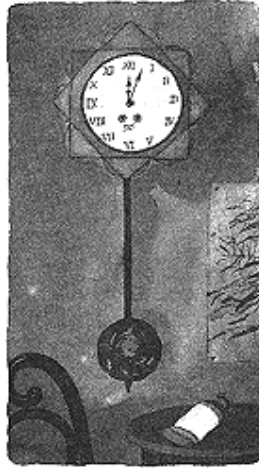
Era porque cada vez que sonaba yo pensaba: mi amigo está.

Para mí oír el reloj que sonaba era como oír a mi amigo andando. O hablando. O riéndose; ¿se entiende lo que quiero decir? Porque él era un tío por demás tranquilo, tenía la manía de hacer sólo cosas que no hacen ruido: fumar en pipa, pensar, pintar; si no hubiese sido por el reloj que sonaba, ¡vaya!, habría parecido que ni siquiera vivía allí.

Pero no era eso lo que quería contar. Lo que quería decir era que el martes, cuando llegué de la escuela, me enteré de que había muerto. Fui a su casa. No pude soportar mirarle su cara de muerto: me volví hacia la pared y me encaré con un cuadro que él había pintado: una mujer amarilla. (Un día me había dicho que ella estaba así, toda amarilla, porque se había despertado contenta, y yo —que aún no sabía nada de colores— me quedé pensando que eran chorradas de pintor.)

No me pude quedar allí arriba; volví corriendo a mi cuarto.

De repente comencé a sentirme todo oscuro por dentro. Tan oscuro que ya no podía llegar a ver nada dentro de mí.



Pero a esa hora el reloj comenzó a sonar. De lo lindo. Porque era mediodía. Y si alguien me preguntase qué color tenían los sones, yo respondería a la carrera: ¡¡amarillo!! Ocorre que me volví igualito a mi amigo el pintor: llegué a sentir que el amarillo es un color contento. ¡Y era tan bueno oír aquel mediodía! Cuanto más sonaba el reloj, más me daba la impresión de que todo el mundo se había equivocado y que mi amigo el pintor continuaba viviendo allí arriba.

Y era el cumpleaños de mi prima. Pero no fui.

Tenía que jugar a la pelota en la escuela. Pero no fui.

Había un libro que me gustaba. Pero no lo quise leer ya.

Sólo por quedarme aquí. Escuchando el reloj que sonaba.

Y sonó. Al principio, amarillo fuerte. Pero después el amarillo se fue poniendo más suave; cada vez más suave.

El reloj estaba perdiendo cuerda y por eso los sones se arrastraban con aquel amarillo cada vez más desanimado, cada vez más blanquecino.

Hoy se puso todo blanco: el reloj no sonó más.

¡Qué ganas, qué ganas de ir a darle cuerda!

La puerta está cerrada.

—¿Quién se quedó con la llave?

—Clarice.

—Pero la cuerda del reloj se acabó.

—Ella se llevó la llave.

—Pero el reloj...

—Ella dijo que volvería.

—Pero ¿y el reloj?

De noche, cuando me fui a dormir, me quedé esperando, esperando, esperando.

Nada. Sólo el blanco ese; nunca pensé que el silencio fuese así, tan blanco. Y fue en ese momento cuando vi que mi amigo había muerto y que el blanco dolía más que el negro, ¡sin hablar del amarillo!: dolía más que cualquier color.

Lunes

Para mí, el rojo es el color de algo que quería entender.

Una vez (eso fue el año pasado, aún no había cumplido nueve años) mi prima vino aquí con una compañera que se llamaba Janaína y que estaba toda vestida de rojo. El vestido tenía mangas grandes, era mucho más largo que el vestido que usaban mi hermana y mi prima, y sin ningún otro color: sólo ese rojo que todo el mundo en la sala se quedó mirando. Y en la frente, como un jugador de tenis, Janaína se puso una tira del vestido que llevaba.

Fue entonces cuando me apasioné por ella.

Y por la noche, durante la cena, dije:

—Estoy apasionado por Janaína.

Todo el mundo creyó que me estaba haciendo el gracioso; y mi hermana dijo que Janaína tenía quince años.

—¿Y por qué no me puedo apasionar por una mujer mayor?

—¡Fíjate!...

Y todo el mundo se rió. Me pareció mejor no decir nada más. Pero seguí apasionado. Quiero decir: a mí me *parece* que era pasión; no estaba muy seguro, pero cada vez que pensaba en Janaína (y pensaba en ella todo el tiempo) sentía dentro de mí una cosa diferente que no entendía qué era, pero que era roja, porque está claro que sólo pensaba en Janaína vestida con todo ese rojo.

Un día mi prima vino otra vez a Petrópolis con Janaína. Casi se me salió el corazón por la boca cuando oí a mi madre que decía:

—Hola, Janaína.

Corrí hacia la sala. No pude creerlo: ¡Janaína llevaba falda azul y blusa blanca! Y en la frente, en vez de la tira, un flequillo.

Cuanto más miraba a Janaína, más me iba apasionando. Cuando salí, fui arriba y le conté a mi Amigo Pintor (pienso que es mejor hablar de él con mayúscula) todo lo que había ocurrido. Encendió la pipa, se quedó mirando por la ventana como quien no pararía nunca de mirar, y después dijo:

—El rojo es, en verdad, un color complicado.

Y punto en boca. Porque él era así: no le gustaba hablar si no tenía ganas. Pero cuando las tenía, lo que más le divertía era hablar de arte. Entre una partida y otra de chaquete (una vez le dijo a mi madre que jugar chaquete conmigo le hacía bien al coco), me mostraba libros de pintura, contaba casos de artistas, y muchas veces yo no entendía la pintura que me mostraba.

—Pero ¿te gustó? —me preguntaba.

—Me gustó.

—Listo, pues. Más adelante entenderás. O no.

En esos momentos, miraba a mi Amigo y no era sólo la pintura que me estaba mostrando lo que no entendía: tampoco lo entendía a él.

Pienso que por eso miro tanto el rojo que pintó en la carpeta. Para ver si lo entiendo.

Para ver si lo entiendo.

Para ver si lo entiendo por qué hay gente que se mata.

Sólo después de que el reloj paró de sonar y dejó todo ese blanco allí arriba, donde mi Amigo vivía, sólo después de que lloré a rabiar viendo cómo su cuerpo pasaba por el corredor del edificio y oía a mi madre que decía que un crío no tiene por qué ir a ningún entierro, y yo no fui, entonces fue cuando una chica que vive en la planta baja se acercó y me dijo:

—Tu Amigo Pintor se fue al infierno.

Me di un susto tan grande que no me salió palabra. Ella dijo:

—El se mató. Y dicen que quien se mata va al infierno.

Pude destrabar las palabras:

—¿Quién dice que él se mató?

—Todo el mundo está hablando de eso. El dejó una carta explicándolo.

—¿Dónde está?

—No era para ti, no.

—¿Para quién era?

—Para una amiga de él, aquella que iba a su casa.

—¿Doña Clarice?

—Sí.

—¿Y qué explica en la carta?

La chica sólo se encogió de hombros y dijo con cara de quien no ha escuchado:

—A esta altura ya debe de estar tostado en el infierno, igualito al pollo que mi madre olvidó en el horno.

Aparté a esa chavala de mil demonios y me fui.

Pero hoy, sin estar esperando ni nada, ocurrió una cosa que cambió el tono rojo que estaba sintiendo dentro de mí. En la puerta del ascensor tropecé con doña Clarice. Ella salía y yo entraba. Me quedé tan aturdido que, en vez de decirle buenos días, le pregunté:

—¿El explica en la carta por qué se mató?

¡Vaya! Nunca habría pensado que una pregunta tan horrible pudiese salir sin que uno tuviese tiempo de sujetarla. Pero salió. Y doña Clarice se quedó inmóvil, con la mano en la puerta del ascensor abierta y los ojos desorbitados.

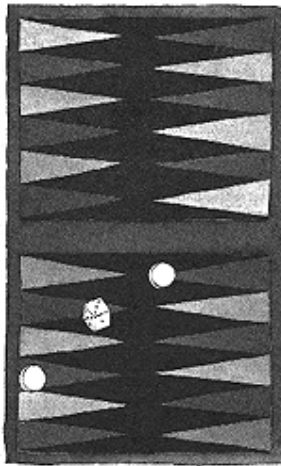
Y me quedé tan desarmado que quise desaparecer.

Menos mal que sonó el timbre del ascensor: doña Clarice pareció despertar; largó la puerta y se pasó la mano por la frente con un ademán nervioso. De repente puso cara de quien se acordaba de algo y me extendió un paquete que llevaba debajo del brazo. Mi Amigo Pintor había escrito en el paquete: «Para mi compañero de chaquete».

—Le iba a pedir al portero que te entregase esto —dijo. Y se quedó mirando al suelo, hasta que dijo bajito—: Él no se mató, no. Murió como..., como todo el mundo un día muere. —Y dijo chao y salió deprisa.

Me quedé mirando la letra de mi Amigo en el papel del paquete. Pero después me acordé del reloj y salí corriendo: ¡vaya! Si ella tenía la llave del apartamento, bien podía volver y darle cuerda al reloj.

Pero ya había desaparecido en la calle.



Abrí el paquete. Era el tablero de chaquete, que se dobla por el medio y se cierra como caja, para guardar las fichas y los dados dentro. Me pareció muy bueno que mi Amigo me lo hubiese mandado. Pero mejor, mucho mejor que el tablero, fue lo que doña Clarice dijo mirando al suelo.

Para mí, la muerte también es algo rojo, algo difícil de entender. Pero que *ella* venga como viene para tantas personas todos los días, resulta un poco más fácil de comprender.

Me fui a casa, pues, con aquella frase rondando siempre en mi cabeza: él murió como todo el mundo un día muere. Y fue cuando ocurrió algo que me pareció formidable: fue naciendo allí, dentro de mi rojo, un amarillo.

Martes

Hoy estaba saliendo del baño cuando oí entrar al síndico (es el padre de la hija de esa señora que olvidó el pollo en el horno); a toda prisa corrí hacia mi cuarto y cerré la puerta. No era para que él no me viese desnudo, no; era porque, para ser sincero, no soporto al síndico. Una vez dijo que un pintor que pinta a una mujer amarilla lo hace porque no sabe pintar a una mujer como es.

Esa clase de tíos que no pescan nada de arte, ¿no?

Otra vez, yo estaba allí arriba jugando al chaquete y tocaron el timbre. Cuando abrí la puerta, dos tíos dijeron que eran de la policía y me mandaron fuera: querían quedarse solos con mi Amigo para interrogarlo. Después pude enterarme de que el síndico había ido a la policía a decir que mi Amigo vivía en este edificio.

Esa clase de tíos que no pescan eso de cada cual a lo suyo, ¿no?

Y para colmo, siempre que el síndico aparece en casa. o es para quejarse de alguien del edificio, o para llevarse a mi padre y a mi madre a la reunión de la comunidad (que ellos detestan).

Así que me pareció mejor quedarme bien quieto en mi cuarto.

Pero a las tantas oí el nombre de mi Amigo y comencé a prestar atención a la conversación de la sala. Tuve que abrir la puerta para escuchar a mi padre: estaba hablando de suicidio, y cada vez que él y mi madre hablan de eso bajan la voz. El síndico no: ¡tiene un vozarrón que ni te cuento! Hasta cuchichea en voz tan alta que se lo oye desde la esquina. Y estuvo cuchicheando que mi Amigo se había quedado marcado por sus ideas políticas (no entendí nada de lo que quería decir con eso) y quizá se había matado a causa de eso.

—¿Acaso pensaba que lo detendrían de nuevo? —preguntó mi madre.

Y entonces comenzó: política por aquí, política por allá.

No pude aguantar quedarme quieto; fui a la sala y dije:

—Doña Clarice dijo que mi Amigo murió como todo el mundo un día muere. ¡No fue a propósito, no!

—Ella no podía decir otra cosa, ¿no? —dijo el síndico.

Respondí mirando a mi padre:

—Ella lo conocía mejor que nadie, y me aseguró que no fue a propósito.

—No podía decir otra cosa —dijo de nuevo el vozarrón—, para que nadie se quedase pensando que él se mató por su causa.

Yo no paraba de mirar a mi padre; y mi padre no paraba de mirarme.

—Pero ¿por qué lo haría? —pregunté.

—Porque él estaba enfermo, hijo mío.

—¿Enfermo? La víspera jugamos a chaquete. Tres partidas. Una detrás de otra ¡Y él no tenía nada!

—Enfermo *aquí* —mi padre se golpeó la cabeza—; sólo una persona que está muy enferma aquí hace lo que él hizo.

—Pero, por favor, ¿quieres explicarme bien todo lo que ocurrió?

En ese momento mi madre dijo que ya estaban retrasados para la reunión de la comunidad. Me puse nervioso:

—¡Pero él era mi amigo!

El síndico se levantó:

—¿Nos vamos?

—¡Un amigo a tope! Él mismo me dijo que la edad no contaba para ser amigos sinceros. ¡¿Y me quedaré sin saber si fue a propósito como él murió?!

Mi madre me abrazó:

—No tienes que seguir pensando en eso, Claudio. A tu edad tienes que pensar en la vida y no en la muerte. Tienes otros amigos...

—¡Que no me gustan como me gustaba él!

—...tienes tantas cosas para estudiar, para jugar, para inventar, ¡deja de pensar en lo ocurrido con él y sigue adelante, hijo mío! — dijo mientras salía.

Y yo me quedé. Y me quedé en el aire, para colmo. Volví al cuarto. Pensé que mi padre tenía más cara de decir la verdad que doña Clarice. Y no porque fuese mi padre, no: por el modo como él me miraba tanto a los ojos, y el de ella, de mirar tanto al suelo.

Pero no estoy seguro. Y sigo pensando: ¿habrá sido así?

Y si fue así, ¿por qué fue?

Le gustaba tanto pintar, jugar al chaquete, comer, pensar; le gustaba que el reloj sonase y si veía una flor abajo, se asomaba por la ventana para decirme: mira qué cosa bonita.

¿Y así porque sí acaba con todo eso que era tan bueno?

Si en el momento de asomarse para ver la flor se caía de la ventana; si en el momento de comer se atragantaba y ahogaba; o si se hubiese vuelto muy viejo... pero ¿así? ¿Por propia decisión? ¿Yo me voy a morir y se acabó?



¿Por qué, por qué, por qué?!

El tablero de chaquete estaba abierto (hoy nos tocaba jugar); y la carpeta que me había dado, también: abierta en una acuarela que mostraba un barco amarillo que se hundía en un mar color... ¿qué color era ése?

No era beige.

No era marrón suavcito.

Hasta podía ser un color que a mi Amigo le gustaba y que llamaba siena. Pero tampoco era ése.

Así inventé que era color morriña y listo.

En la página de al lado, para mostrar cómo cambian los colores, mi Amigo dibujó otra acuarela: después de hundirse en el mar color morriña, el barco aparece de nuevo, pero, por el baño, el amarillo de él quedó diferente, extraño, con una pinta que no me gusta nada y que llamaré amarillo-síndico.

Cuanto más miraba ese barco, más me parecía que doña Clarice me había mentido. Y cuanto más me parecía así, mi amarillo también iba tomando cada vez más pinta de síndico, y más me iba sintiendo yo como el barco: todo rodeado de color morriña.

Un color morriña que hasta se iba enrojeciendo de lo difícil que me parecía entenderlo todo.

Quiero decir, pues, que doña Clarice me había mentido (pero ¿por qué?).

Había sido una muerte a propósito, en consecuencia. Pero ¿¿por qué??

¿Y por qué cuando es así todo el mundo se pone misterioso? ¿Y habla bajo? ¿Y hasta llega a parecer que suicidio es una mala palabra? ¿Por qué?

Si un tío cae preso porque mató o robó, la gente de mi edad llega a comprenderlo siempre; ¿por qué, pues, si dicen «él es un preso

político», la gente de mi edad nunca entiende bien lo que eso quiere decir? ¿Por qué?

¡Y cuantos más por qué-por qué iban apareciendo, más síndico se ponía mi amarillo, y más crecía el color morriña!

Vaya, con todo ese blanco de reloj que no suena, y con ese tablero de chaquete aquí parado, mirándome con cara de que hoy nos tocaba jugar, está claro que el color morriña sólo puede aumentar. Si sigue creciendo así, no sé adónde irá a parar.

Jueves

En mi carpeta hay una pintura que es toda de color morriña, y delante hay tres personas: una blanca y dos azules. Su cara está medio borrosa, y muchas veces me quedé pensando si era cara de hombre o de mujer.

Bien querría saber yo lo que mi Amigo estaba pensando cuando pintó esas tres figuras. Porque ayer soñé con ellas. Pero me desperté tarde y salí corriendo (estamos ensayando una obra de teatro en la escuela y tenía ensayo por la mañana) 1. Y cuando el ensayo acabó, me había olvidado del sueño. Sólo me acordaba de los colores y de las tres figuras, pero no sabía ya lo que había ocurrido.

Qué cosa rara es el sueño; uno se despierta con ese montón de cosas ocurridas dentro de uno y de inmediato, ¡puf!, se olvida.

Resolví esperar para ver si me acordaba de nuevo. Pero no lo conseguí.

De tanto querer recordar esa noche, soñé otra vez con el mismo color y con esas tres figuras. Ahora no puedo saber si es repetición o no del primer sueño.

Paciencia: deja que cuente enseguida el segundo sueño antes de que él también desaparezca.

El telón era de color morriña, Yo estaba en el teatro mirándolo, y cuando se abrió el escenario estaba vacío: no había decorados, ni una silla ni nada.

Pero el escenario era todo del color del telón, y quien se sentaba en el teatro se quedaba mirando, pues, sólo a la morriña y nada más.

El reloj comenzó a sonar bonito.

Conté doce toques.

No se podía saber si era mediodía o medianoche: el color ya no fue ni de noche ni de día.

Y después de que el reloj dejó de sonar, las tres figuras entraron en el escenario. Del mismo tamaño, las tres andando muy juntas, una blanca y dos azules: y bastó que mirase la blanca para ver enseguida que era mi Amigo Pintor haciendo el papel de fantasma. ¿Y sabes?: me quedé afligido.

Las otras dos figuras no sabía qué papel harían. Pero eran de un azul tan vivo, tan fuerte, que echaban brillo en el escenario y hacían que el color morriña se pusiese más fuerte. Y más fuerte también dentro de mí.

Mirando a mi Amigo convertido en fantasma, y sintiendo y viendo aquel morriña fuerte, no aguanté más: me eché a llorar.

Un llanto grande a rabiar.

Todo el mundo en la platea comenzó a hacer:

—¡Chis!

—¡¡Chis!!

—¡¡¡Chiiiiiiiis!!!

Y yo que lloraba cada vez más fuerte. ¡Vaya, qué vergüenza!

Mi Amigo se había quedado quieto en el escenario. Él y las otras dos. Sin moverse ni decir nada.

El público fue perdiendo la paciencia; comenzó a aplaudir, a patalear, a silbar. Y nada de que la representación comenzase.

Aquello me pareció tan raro que dejé de llorar. Miré a mi Amigo. Él sacó la mano del bolsillo (yo estaba sentado bien atrás, pero pude ver que la mano era la suya: estaba sucia de tinta y sujetaba un pincel), y me hizo señas con el pincel.

La platea dejó de patalear y de silbar; me miró. Me levanté y fue hacia el escenario. Mis piernas temblaban tanto que apenas podía

andar. No sé si era vergüenza por ver a todo el mundo que me miraba, o si era miedo de acercarme a mi Amigo convertido en fantasma.

Pero me acerqué. Y me dijo cuchicheando:

—¿Y ahora, Claudio?

—¿Ahora qué?

—No sé representar a un fantasma: ¿qué hago? No sé lo que decir.

Mi corazón dio un salto. Pregunté en un cuchicheo muy bajo:

—Pero ¿no ensayaste la obra?

Dijo que no con un gesto.

—¿No memorizaste el papel?

—No me dio tiempo. Me metieron esta ropa, me empujaron al escenario y dijeron: ahora eres un fantasma. Y listo.

—¡Uf!

El público se puso de nuevo a patalear.

—Diles a ellas que representen —musité.

—¿Quiénes?

—Esas dos que están ahí a tu lado.

—Ya se lo he dicho. Dijeron que son el coro.

—¿Qué?

—El papel de ellas es comentar mi historia. Si yo no cuento mi historia, no tienen nada para comentar.

—¡Vaya!

—¿Y ahora, Claudio? ¿Qué digo? ¿Qué hago? Mira, está todo el mundo esperando; están comenzando a gritar.

—¡Vete! Di que no quieres ser fantasma.

—No puedo.

—¿Por qué?!

—Estoy preso: cosieron mi ropa con la ropa de ellas.

Me puse detrás de mi Amigo para ver si descosía el blanco del azul sin que nadie se diese cuenta. A lo mejor...

—¡No está cosido! —dije—. Está pintado.

—Ah, entonces no se va a poder separar.

Comenzó una furiosa protesta en la platea; un grupo de gente gritaba: «¿Qué pasa? ¿Comienza la función o no comienza?»

Me puse tan nervioso que comencé a llorar de nuevo. Mi Amigo se aterrorizó:

—¡No es hora de llorar, es hora de que me ayudes! ¡Ayúdame, ayúdame!

Tenía que inventar algo deprisa para salvar a mi Amigo.

Respiré hondo como hace la gente cuando se zambulle, fui hacia la parte delantera del escenario y comencé a cantar el himno nacional.

El público dejó de gritar. Comenzó a acompañarme en el canto. Eso me daba tiempo para pensar en lo que diría.

El himno acabó. Todo el mundo aplaudió. Yo dije:

—Distinguido público, atención: os voy a contar la historia de ese fantasma. Es una historia corta porque él es un fantasma recién muerto. Se convirtió en fantasma porque equivocó el momento de su muerte. Nunca había pensado que eso pudiese suceder. Pero sucedió. El debía morir sólo cuando fuese viejísimo, pero era un artista, era un pintor (mirad el pincel en su mano), tenía la manía de vivir pensando en colores. Se despertaba, y en vez de decir, como todo el mundo, estoy triste, estoy contento, se expresaba así:

Hoy estoy morado.
¡Hoy me he puesto tan amarillo!
Hoy desperté medio morado,
pero me fui amarilleando
hacia el atardecer.

»Para él, la cosa que tenía más color de muerte era la neblina. A veces, cuando por la mañana había un cielo azul, pero por la tarde se ponía nublado, decía:

Hoy por la mañana hizo vida,
pero ahora está haciendo un poco
de ganas de morir.

»Y así, un día de éstos, hizo una neblina la mar de fuerte. El Pintor miraba por la ventana de su apartamento, sólo veía esa neblina tapando todos los colores, y decía como solía decir: hoy está haciendo un poco de ganas de morir.

»Una neblina tan fuerte casi siempre pasa enseguida. Pero esa vez no pasó: era una neblina larga, que duró toda la tarde y también la noche entera. A todas horas el Pintor miraba por la ventana. Y ni asomo de que las ganas de morir acabasen. Por eso se equivocó: pensó que nunca más se pasarían esas ganas y resolvió, pues, matar las ganas.

»Un error sin sentido: al día siguiente amaneció con un bonito cielo azul.

»Pero el Pintor ya se había convertido en fantasma.

En cuanto acabé la historia del fantasma, me volví disimuladamente hacia la figura azul más cercana y le susurré:

—Listo, ya está la historia. Comenta. Habla. Di cualquier cosa.



¡Para qué! Las dos me miraron furiosas a tope y la azul más fuerte cuchicheó:

—Nosotras no nos equivocamos como él, no: memorizamos el papel, ensayamos la obra, sabemos de pe a pa lo que hay que decir.

—¡¡Dilo, pues!!

—Pero lo que memorizamos para comentar no tiene nada que ver con esa historia que has contado.

Y se quedaron requeteenfurruñadas y sin abrir la boca.

El público se puso a protestar de nuevo.

Un tío se levantó y preguntó:

—¿Me quieres hacer el favor de explicar qué están haciendo esos actores, allí parados y sin representar ni hacer nada?

Me iluminé y respondí:

—Están representando un cuadro vivo. ¡Eso es! ¿Acaso usted no se ha dado cuenta todavía? Han venido aquí para mostrar un cuadro de este Pintor. Y un cuadro está para que la gente lo mire y no para escucharlo.

Y cuando se iba calmando un poco, el fastidioso me preguntó:

—¿Por qué, pues, has contado la historia del fantasma?

No me iluminé de nuevo. Me quedé trabado.

Mi Amigo me sopló:

—Di que se debe a que hay una neblina muy grande y que es para que ellos tengan cuidado y no se equivoquen como yo.

—Porque hay una neblina muy grande y es para que tengáis cuidado y no os equivoquéis como yo, quiero decir, como él.

Y en ese momento me desperté.

Como para no despertarse: con ese tío que me apuraba y todo el mundo que me miraba, no se podía aguantar más.

Sábado

Yo tengo un compañero en la escuela, ¿sabes?, y soy amigo de él. Pero no es amigo a tope como era mi Amigo Pintor (hay días en que me quedo pensando si se puede tener más de un amigo a tope), y ayer en el recreo conversamos sobre el corazón.

Todo comenzó porque yo estaba dibujando un corazón, pero en vez de ser rojo, el corazón era marrón; y en vez de ser como los corazones que uno conoce, era todo achatado de costado y acababa de repente, lo que te dejaba sin saber hacia dónde apuntaba.

Cuando terminé el dibujo, se lo mostré a mi compañero.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Pues ya lo ves.

—¿Veo qué?

—¿No puedes ver lo que es?

—No.

—Adivina.

—No lo sé.

—Mi corazón.

Miró y volvió a mirar.

—¿No lo ves todavía? —quise saber.

—¡No! Para empezar, el corazón es rojo.

—Bien, pero ése es *mi* corazón.

—¿Y porque el tuyo no es rojo?

—No es eso. Ando fastidiado y por eso mi corazón está así, achatado, como si le hubiesen sacudido un puñetazo.

—¿Un puñetazo?

—Y un corazón rojo es el corazón de todos los días. El mío no está como todos los días, está muy diferente; por eso tiene que ser de otro color. ¿Sí o no?

Mi compañero miró el papel. Me miró:

—No se puede. Tiene que ser rojo. Y tiene que acabar en punta por abajo. Dame el papel para que yo te muestre cómo debe ser.

—¡Espera! No me entiendes. Sucede que...

—Dame el papel: déjame que lo dibuje bien.

—¿Quieres hacerme el favor de escuchar lo que te estoy explicando? Si mi corazón está diferente, muy mal, muy fastidiado, no voy a dibujarlo como ese corazón que todo el mundo le dibuja a la novia, ¿no? ¡Espera, no me lo quites!

Pero me lo quitó. Y sacó del bolsillo un bolígrafo rojo y se puso a cambiar todo el color de mi corazón. Y lo hizo bien acabado en punta por debajo. Y para colmo recordó:

—¡Un corazón tiene que tener flecha!

Trazó una flecha en el medio. Lo fue corrigiendo de un lado, del otro, no dejó a mi corazón ni un poquito aplastado, y yo, de tonto, insistí en explicarle:

—Pero te estaba diciendo que se acható de fastidio.

—Pues si está fastidiado, ¡dilo enseguida, tío!

Trazó otra flecha hacia arriba y escribió: «Estoy aplastado porque estoy fastidiado».

—¡Listo! Ahora todo el mundo lo entiende.

Y me dio otra vez el corazón.

Yo no aguanté y le dije:

—¿Para qué quiero esa porquería?

Y él contestó:

—Porquería es lo que tú habías dibujado —y en ese momento vio a Denise (una chica que a él le gusta un montón); me arrancó el corazón de mi mano, y donde había escrito «*estoy fastidiado*», agregó dos puntos y escribió en letras grandes: **¡¡TÚ NO ME MIRAS!!** Salió corriendo, le dio mi corazón a Denise y se fue a jugar a la pelota.

Ah.

Mejor.

¿Qué iba a hacer yo, de todos modos, con un corazón que ya no tenía nada que ver con el mío?

Creo que va a llevar mucho tiempo conseguir un amigo que también comprenda esa historia de que el corazón se achate y se ponga marrón.

Domingo

De todo lo que conversaba con mi Amigo, dos cosas son las que más recuerdo. No sé por qué. La primera es una charla que tuvimos un domingo. Estaba lloviendo. Habíamos dejado de jugar. Mi Amigo se levantó, encendió la pipa, comenzó a preparar unas tintas y conversó sobre el amor.

Amor de trabajar. De pintar. Amor de hombre y de mujer, de padre, de madre, amor de ciudad, de país y de mundo donde uno vive, amor de hijo, de amigo.

—Amor como el que tenemos el uno por el otro —dijo.

Mi corazón palpitó.

Toda la vida quise a mi amigo mucho, mucho; pero pensaba que él me quería menos. No sé si porque yo era un crío y él no; o si porque era artista y yo no; sólo sé que cuando habló de *amor* mi corazón palpitó de esa manera: ¿acaso en ese momento nos queríamos igual?

Quise ver enseguida si era así:

—¿Cómo me quieres?

—Depende. Hay días en que te quiero como padre. Me da pena de que no seas mi hijo, de no poder decir: ¡fui yo quien hizo a este chico legal!

Se sonrió. Después se puso serio, se sentó enfrente del caballete y comenzó a pintar.

—Pero otros días no tengo nada de ganas de ser tu padre: sólo quiero ser tu amigo, y listo.

Siguió pintando un poco más.

—A veces te quiero porque eres mi compañero de chaquete; otras veces, porque me gustaría ser tú, o sea ser un crío de nuevo. Es así:

cada día te quiero de una manera distinta. Y si junto todas esas maneras veo que te quiero mucho, veo que es amor.

Me pareció tan bueno que él hablase de cómo me quería, que me quedé quieto, sin decir nada, sólo mirándolo pintar. Pero llegó un momento en que no pude resistirme:

—¿Te parece que somos parecidos?

—De cara, no; de actitud, sí. La manera de quedarse quieto, la manera de estornudar sin estar constipado, la manera de mirar las cosas. Tuve muchos amigos grandes, pero ninguno tan parecido a mí como tú.

—Sí, pero con los amigos grandes puedes conversar cosas que no conversas conmigo.

—¿Por ejemplo?

Estaba ansioso por decirle que conmigo no conversaba de doña Clarice. Pero me pareció que iba a quedar mal. Sólo encogí los hombros y me quedé mirando el pincel. Estaba pintando un rincón de la sala. Silla. Mesa. Lámpara. Pero luego comenzó a pintar un pedazo de mujer. Digo un pedazo porque resolvió pintar a la mujer justo en el sitio donde acababa la tela.

Me quedé confundido con esa mujer que tenía sólo una pierna, una tirita de vestido y un poco de cabello (el resto de ella desaparecía fuera del cuadro).

Yo sé que a los pintores les gusta pintar cosas diferentes. Y ya había aprendido que pintar bien no tiene por qué ser pintar todo igualito como lo muestra una fotografía. No me sentí, pues, confundido, porque la mujer desaparecía del cuadro. Fue porque, aunque aparecía tan poquito de ella, tenía el mismo tipo de todas las mujeres que mi Amigo pintaba.

La sala estaba llena de cuadros que él pintaba y colgaba; un montón con mujeres. Salí mirando a cada una. Sólo para estar seguro de lo que estaba pensando. ¡Y era así! La mujer podía ser gorda, delgada, negra, blanca; podía tener ojos, nariz y boca, y podía tener sólo una mancha en la cara como a él le gustaba

pintar, pero tenía siempre el mismo tipo, y tenía siempre también un pedazo amarillo.



—¿Por qué pintas a todas las mujeres de la misma manera?

Continuó pintando. Le costó responder:

—Hay una mujer que vive en mi pensamiento, ¿sabes? Yo no veo cuándo sale de mi cabeza y entra en mi pintura.

Le pregunté sin pensarlo siquiera:

—¿Es doña Clarice?

Y él respondió enseguida:

—Sí.

Pero en ese momento dejó de pintar. Se levantó. Se quedó mirando un cuadro tras otro. Acabó diciendo:

—Pero no era para que saliese siempre igual. El amarillo, sí, lo uso a propósito. El amarillo, para mí, es también el color de Clarice, y me gusta poner un poquito de ella en todo lo que hago.

—¿Sólo un poquito? Mira ésa: es toda amarilla.

—Es que ésa era justamente Clarice (en un día de alegría). Pero esas otras, no. Si yo fuese un buen pintor, aun con Clarice

viviendo en mi pensamiento, pintaría a cada mujer de la manera como ella es, y no siempre igual.

—¡Pero tú *eres* un buen pintor!

—¡No! No lo soy. Sé muy bien cómo se pinta; tengo una técnica; trabajo y trabajo para ver si les doy vida a mis cuadros. Pero no sirve de nada: son telas muertas.

Y continuó señalando con el pincel:

—Mira. ¡Mira! ¡Mira! ¿No lo ves? ¿No sientes que mi pintura no tiene vida?

Y en ese momento tiró el pincel sobre la mesa con una actitud... yo qué sé, con una actitud desesperada que, francamente, nunca había visto en él.

Recuerdo esa escena y pienso: ¿acaso un artista puede amar tanto su trabajo que...?.

Déjame que vea cómo lo explico: ¿... puede amar tanto su trabajo que, si piensa que su obra no tiene vida, tampoco él quiere tenerla ya?

El otro recuerdo que se queda rondando en mi cabeza es un paseo que dimos poco después de resolver que me enseñaría a pintar.

Hacía sol. Todavía eran vacaciones. Salimos fuera de la ciudad y llevamos tinta, pincel y papel. Paramos cerca de un bosque. Mi madre había preparado bocadillos. En el suelo había un césped nuevo, muy corto. Nos sentamos y comimos (no el césped: los bocadillos).

El entorno era todo verde. Mi Amigo habló del verde: oscuro, claro, todos los tonos del verde. Mostró tintas, mostró el césped: comparándolos. Pintamos. Nos acostamos en el suelo. Miramos las nubes. El durmió, roncó, soñó. Se despertó y dijo:

—Soñé con Clarice.

Me asombró que hablase así de ella. Habló como si soñara; mirando al cielo, con los brazos bajo la cabeza, haciendo de almohada.

Habló de los dos cuando se enamoraron. Ella fue la primera novia de él y él el primer novio de ella. Una chiquilla todavía. ¡Qué ganas tenían de que el tiempo pasase enseguida para poder casarse! Tardó en pasar. Y los dos esperaban. Hasta que un día pasó. Pero no se casaron. Comenzaron a pelearse: ella protestaba porque él se había apasionado por la política, que en vez de quererla sólo a ella, a él se le había dado por querer todo lo brasileño, que en vez de quedarse con ella, se iba a las asambleas, las reuniones, al norte, al sur; de tanto andar por Brasil llegó un día en que desapareció: lo detuvieron. Le pregunté:

—¿Cómo es que la gente se apasiona por la política? ¿Es como apasionarse por una chica?

—Es y o es.

En vez de explicarse, continuó hablando sobre lo mismo, que estuvo preso mucho tiempo: «le escribí muchas veces a Clarice, pero ella nunca recibió ninguna carta». Y ella pensó que la había olvidado. Un día, cansada de esperar, acabó casándose con otro. Y tuvo hijos y todo. El año pasado volvieron a encontrarse. De repente, ¡puff!, se toparon en la calle. Se quedaron mirándose sin creerlo, viendo que había pasado mucho tiempo, y que seguían queriéndose como antes. De nuevo quisieron ser novios, pero en ese momento mi Amigo se quedó con los ojos cerrados y pensé que se había dormido otra vez.

Me gusta quedarme recordando eso. Era tan bueno estar allí, acostados junto al bosque, conversando esas cosas de hombres. Miré mi mano mientras él seguía con los ojos cerrados: estaba sucia de tinta como la de él. Me pareció bueno tener la mano igual. Me quedé esperando. Y acabó contando el resto de la historia:

—Después, cada vez que Clarice venía a visitarme, yo pedía que dejase todo y se quedase conmigo. Pero ella siempre decía que no.

¿Sabes qué decía? Que yo era un hombre dividido en tres pasiones: pasión por ella, por la pintura y por la política.

Me miró y siguió diciendo:

—Pero no era ésa la causa de que no se quedara conmigo; era por sus hijos, lo sé.

—Pero cuando veo a un político que habla por la televisión, me parece un asunto muy complicado y aburrido: ¿cómo puede transformarse en pasión?



Se sentó. Encendió la pipa con calma. Me senté también para escuchar. Pero acabó diciendo solamente:

—La política es una cosa complicada, sí.

Y nada más. Igualito a aquel día en que le conté la historia del vestido rojo de Janaína. Y después volvió a enseñarme tonos de verde, y durante el resto del paseo sólo hablamos de tintas, caballetes y pinceles.

Lunes

Esa noche volvieron las tres. Aquéllas: las figuras del sueño.

Me pongo a pensar si de ahora en adelante van a vivir en mi sueño, y cada vez que quiera soñar resolverán visitarme.

Las tres llegaron como la otra vez: juntitas. Pero esta vez llevaban ropa verde. (Un verde igualito al del blusón verde que mi Amigo usaba para pintar.) Pero en ese sueño, ¿sabes?, en vez de que una fuese fantasma y las otras coro, eran las tres pasiones de mi Amigo Pintor.

Se saludaron, se sentaron y comenzaron a conversar. Tenían la voz igual.

Todo lo que una decía, las otras lo aceptaban. Y se reían con la misma risa.

Así, con ese todo tan igual dividido entre las tres, me quedé sin saber cuál era doña Clarice, cuál la Pintura y cuál la Política.

Cuanto más se reían, más se iban comprimiendo una en otra. Hasta parecían una sola sentadas en el sofá. Que era estampado.

De repente, resolví preguntar si una no tenía celos de la otra, al ver que mi Amigo quería a las tres al mismo tiempo.

Una se rió a carcajadas; la otra se asombró; pero la tercera puso cara de doña Clarice y explicó:

—Al principio, yo quería que me quisiera sólo a mí. Tenía celos de ella —dijo señalando a la segunda—, cuando se quedaba pintando en vez de quedarse conmigo: ¡uf! Me ponía furiosa.

La segunda me miró y puso cara de quien dice: «¿qué tontería tener celos de su trabajo, no?» Y la tercera continuó:

—¡De ella no se habla, pues! —dijo señalando a la primera—. Qué celos tremendos cuando él comenzó a viajar al norte y al sur detrás de ella, diciendo que iba a trabajar por Brasil.

La primera respondió enfurruñada:

—En vez de tener celos, debería ir a trabajar con él: muy bien le vendría a Brasil.

—Pues sí.

En ese momento las tres suspiraron igual. Y por la actitud, se quedaron pensando igual. Hundidas en el sofá. Pero después se enderezaron y doña Clarice dijo:

—Bien, pero eso fue antes. Después vi que no era posible que él sólo me quisiese a mí.

—Daba la impresión de que él era tan pequeñito por dentro que sólo le cabía un amor, ¿no? -dijo la segunda.

Y la primera acotó enseguida:

—Pues sí.

—Y en ese momento: ¡plaf! Mis celos se terminaron.

—¡Plaf!

—¡Plaf!

Y cada vez que una decía plaf, se abrazaba a la otra. ¡Qué cosa tan graciosa! Me eché a reír. Pero ellas se quedaron muy serias y me dijeron:

—Con nosotras, amigas y unidas dentro de él, tu Amigo podrá vivir en paz.

—Y toma nota: ahora él va a ser feliz.

—¡Feliz para siempre!

Me pareció tan buena esa noticia que me acomodé en el sofá para charlar más de cerca. Pero en ese momento ellas dijeron:

—No nos podemos quedar: hay que amar.

—Y trabajar.

—Y hacer política.

Se levantaron diciendo un chao igual. En cuanto salieron, mi sueño sintió que se había quedado muy vacío y punto: se acabó.

¡Qué pena! Era tan bueno estar sentado allí, sabiendo que ahora mi Amigo sería feliz.

Lunes por la tarde

Cuando volvía de la escuela, Rosalía dijo que la amiga de mi Amigo estaba allí.

Rosalía es la hija del síndico; la amiga es doña Clarice; y *allí* es el apartamento de mi Amigo Pintor.

Yo dije *¡ah, sí?* con cara de no entender, pero mi corazón palpitaba: me di cuenta enseguida de que tenía que hablar con doña Clarice y preguntarle qué quería saber.

Entré en el ascensor ensayando mentalmente, y deprisa, un modo legal de hablarle. Tuvo que ser deprisa porque el ascensor llegó enseguida y me pareció que era un fastidio quedarme parado frente a la puerta de mi Amigo sin tocar el timbre ni nada. Toqué. Doña Clarice se demoró en abrir y eso me dio tiempo para ensayar de nuevo.

Abrió la puerta, abrí la boca y el reloj sonó: ese tipo de cosas que no están ensayadas y salen como si lo estuviesen. Y yo, que había ensayado tan bien lo que diría, me quedé trabado.

Es increíble cómo ese toque —uno solo, el de la media— me dejó así..., yo qué sé. Primero me puse contento: el reloj que sonaba era ruido seguro de mi Amigo, como si él hubiese vuelto. Pero enseguida pensé en él como lo había visto aquel último día: muerto para siempre. Y ese toque de reloj quedó sonando dentro de mí de un modo tan rojo, tan difícil de entender que... ¿quién dice que yo me acordaba de lo que tenía que decir? Más aún porque doña Clarice estaba allí, mirándome, vestida de un color morriña intenso.

Miraba el vestido y el interior de la sala. El vestido y el reloj. El vestido y la silla donde se sentaba mi Amigo. En ese momento, doña Clarice preguntó:

—¿Quieres entrar?

—No. Sólo quería saber por qué me mentiste. (¡Totalmente diferente de lo que había ensayado!)

Nos miramos. Le expliqué:

—Es que... tú dijiste que él se había muerto como todo el mundo se muere algún día. Pero todo el mundo no decide morir a propósito, ¿eh?

—¿No quieres entrar?

Entré sólo un poco. Y como continuaba sin hablar, acabé diciendo:

—*Necesito* saber bien lo que ocurrió con él.

—¿Por qué razón dices que te he mentido?

—¿No has mentido, pues? ¿No se ha desparramado acaso la noticia y ahora todo el mundo sabe ya que él se mató?

Ella anduvo hacia el fondo de la sala. Se paró junto a la ventana. Se quedó mirando hacia fuera. Curioso: mi Amigo también pensaba de pie, como quien sólo está mirando la calle.

—¿Lo has hecho porque me ves muy crío? —dije después de pensar que ella ya no me respondería—. En casa piensan que ese asunto no es cosa de críos.

Ella me miró y continué:

—¿Tú también eres así? ¿Por eso me mentiste?

—No. Tengo un hijo de tu edad y converso todo con él.

—¿Y sobre el suicidio? ¿También habláis?

Ella asintió.

—Tú le dijiste que mi... que tu... que nuestro Amigo se...

—Se lo dije.

—¿Y por qué no me lo dijiste a mí?

Se volvió hacia la ventana. Y como no me miraba ni decía nada, acabé diciéndole abiertamente:

—¿Para que yo no pensase también que lo hizo por tu culpa?

Se volvió de prisa hacia mí y me quedé... ¿cómo explicarlo?... mitad sin saber qué hacer y mitad con rabia. Para ser sincero, ese pedazo de rabia vengo sintiéndolo durante todo el día. Desde que el síndico fue a casa y comenzó esa intriga de que por culpa de ella él se...

—¿Por qué dices *también*? —preguntó—. ¿Creen que todo ocurrió por mi culpa?

—Sí.

—¿Y tú lo crees?

Me quedé quieto (¿ella también?), mirando los cuadros que mi Amigo pintaba.

Vino hacia mí y me miró fijamente a los ojos:

—No sé por qué lo hizo. Hacía tiempo que lo veía triste; un día le pregunté si andaba así por la política o por el trabajo, y fue cuando me dijo que nunca sería un gran pintor: cuanto más trabajaba, más difícil veía transmitir en una tela lo que quería decir. Tú, que también eras amigo suyo, ¿no lo veías también triste?

Me quedé pensando. A veces lo veía, sí. Otras veces pensaba que no era tristeza: era sólo la actitud serena que él tenía.

Ella no esperó a que yo respondiese y continuó:

—Quería que yo dejase a mi familia para casarme con él. Pero yo no tenía valor. Y decidimos esperar. Pienso en todo eso, pero sigo sin saber por qué lo hizo.

En ese momento me pareció que ella se pondría a llorar, pero siguió hablando:

—Eramos así —dijo juntando dos dedos—. La última vez que estuve con él combinamos un montón de cosas: una película que veríamos, un paseo y, además, que seguiríamos siempre así...

Mostró de nuevo los dos dedos juntos y vi que su mano estaba temblando. Su voz también: salía toda temblorosa y cada vez más baja.

—Cuando volví, se había matado. En la carta que me dejó sólo había pintado un ramo de flores. Margaritas y claveles: él sabía que me gustaban. Y debajo, en vez de una explicación, sólo había un pedido de disculpas; una cosa... tan rara, tan cortita... Sólo: «¿me disculpas?» Y nada más.

Volvió a la ventana y se quedó de espaldas a mí.

Me quedé parado como ella. ¿O sea que mi Amigo decidía irse así de la vida sin explicar el porqué ni siquiera a ella? ¿Que comprendiese... y listo?

No fue posible quedarse más tiempo mirando los cuadros que pintaba, la silla donde se sentaba, el reloj que dentro de poco sonaría de nuevo y dolería. Chao, le dije. Y empecé a salir sin recordar ya lo que le había preguntado. Pero ella me llamó por mi nombre:



—¡Claudio! —y siguió, yendo hacia mí—: sé cómo lo querías. Cuando se quiere de esa manera, es muy difícil vivir con un recuerdo que no se entiende. Como lo estoy viviendo yo ahora.

Por eso te mentí aquel día. Me pareció que mi mentira podría pasar, y que cada vez que te acordases de él no tendrías que preguntar: ¿por qué?, ¿¿por qué??, ¡por qué!, como estoy siempre preguntándomelo yo.

Nos dimos un beso y me fui.

Sábado

Toda la semana pasó de una manera que no me gustó nada. Por lo siguiente: cada vez que me acordaba de mi Amigo, él venía acompañado de *¿por qué?, ¿por qué?* ¡Qué pensamientos desagradables!

Y para colmo hizo un tiempo horrible. Lluvia. Lluvia. Lluvia y esa neblina que no deja ver nada cuando se mira por la ventana, y ya está dicho: Niebla peor que en Petrópolis, sólo en Inglaterra. Estuve alicaído. Pensé que nunca pararía de llover y que nunca más podría acordarme de mi Amigo sin ver todo tan desagradable.

El jueves por la mañana, en la escuela, me quedé mirando el cuaderno abierto y pensé: ¡vaya, qué juntitas van esas dos hojas! Pero es muy fácil separarlas: basta con arrancarlas. Y arranqué una. La hoja se soltó. La escondí detrás del cuaderno. Después la junté de nuevo con la otra. La separé. La junté. La separé. Jugué. La junté. Y de repente me dieron ganas de hacer lo mismo con el recuerdo de mi Amigo: poner *Amigo* a un lado, y *¿por qué?* al otro.

Lo hice. Bastaba pensar:
¿Por qué se mató tan a propósito?
¿Por qué no explicó nada en la carta?
¿Por qué lo metieron preso?
¿Por qué no me dijo lo que haría?

¿Por qué quería darle vida a lo que pintaba y no lo conseguía?; y cada *por qué* que iba apareciendo en mi cabeza junto con mi Amigo trataba de quitarlo, arrancarlo, esconderlo bien escondido en el fondo de mi coco.

Lo intenté dos días. Hasta yendo por la calle, yo iba así: uno-dos, uno-dos, uno-dos. 1 era Amigo.

2 era ¿por qué?
1 era ¡piensa!
2 era ¡esconde!

¡Piensa! ¡Esconde!
¡Piensa! ¡Esconde!

¡Piensa! ¡Uf, se me armó un follón en la cabeza que ni te cuento!
Ayer llegó a hacer un leve ruido de motor que se pone en marcha,
pero no funciona.

Pero hoy, al despertar, había un azul increíble que entraba por mi
ventana. Y había un sol lindísimo de tan amarillo, un amarillo que
se fue anaranjando cuando probé mirarlo a la cara.

Me acordé de la pintura que mi Amigo había hecho al final de la
carpeta: era también un cielo de verano como éste.

Abrí la carpeta para comparar el azul que él había pintado con el
azul que estaba viendo.

Mi Amigo había juntado las dos últimas hojas de la carpeta, para
poder pintar bien grande aquel cielo.

Me quedé mirando y mirando cómo había juntado las dos hojas.
Miré tanto que terminé dándome cuenta de que no tenía por qué
separar *Amigo* a un lado y *por qué* al otro. Lo que tenía que hacer
era lo que él hizo con las hojas y el azul del cielo: juntarlos. Muy
juntos.

Y los junté.



Ahora, cuando pienso en mi Amigo (¡y sigo pensando tanto en
él!), pienso en él entero, quiero decir: pipa, tintas, ¿por qué?,

chaquete, flores que le gustaban, muerte a propósito, ¿por qué?, el reloj que suena, amarillo, ¿por qué?, blusón verde: todo junto y mezclado.

Y me empezó a gustar pensar de esa manera.

Incluso pienso que si me sigue gustando cada *por qué* que aparece, acabaré entendiéndolos uno por uno.